

HACER HISTORIA. DECÁLOGO PARA UN HISTORIADOR A COMIENZOS DEL SIGLO XXI

"El verdadero insensato de quien los dioses se burlan o al que destruyen es el que no se conoce a sí mismo".

En las páginas iniciales de su *De profundis*, compuesto entre enero y marzo de 1897, y concebido como una *epístola*, como una larga carta a Lord Alfred Douglas, Oscar Wilde expresó con enorme lucidez los términos que cabe esperar del artista, pero también de cualquier ciudadano: el propio conocimiento; la superación de las limitaciones del entendimiento; la comprensión de cuanto concierne al ser humano y a su condición¹. Hacer historia equivale también a conocer y a comprender. Pero conocer y comprender de acuerdo con algunas ideas básicas.

1. La historia es la ciencia del hombre en el tiempo

Porque, como decía Erwin Panofsky, en la historia, como en la física, "el tiempo es función del espacio", es decir, permanencia y cambio².

¹ WILDE, O.: *Epístola: in carcere et vinculis ("De profundis")*. Barcelona. 1984, p. 25: "Durante mucho tiempo fui uno de ellos. Y tú también lo fuiste durante mucho tiempo. Deja de serlo. No temas. El vicio supremo es la limitación de espíritu. Todo lo que se comprende está bien".

² PANOFSKY, E.: *Renacimiento y renacimientos en el arte occidental*. Madrid. 1983, p. 34: "...y la definición misma de período como fase marcada por un 'cambio de dirección' implica a la vez continuidad y disociación".

2. La historia es la ciencia de los hechos, pero de los hechos humanos

Lucien Febvre sostenía, en efecto, que la historia era la ciencia del hombre y, "también" de los hechos. Pero, añadía a continuación, "de los hechos humanos"³. "Sólo del hombre es la historia", mantenía el célebre historiador francés. Cualquier enfoque diferente en cuanto al objeto nos desplaza hacia otras disciplinas. La historia se encuentra allí donde está el hombre.

3. La historia no es únicamente la ciencia de los textos. La historia es la ciencia de los testimonios humanos

Eso incluye la vida material, la vida de la ciencia y de la investigación, y la vida del espíritu. Todo cuanto constituye un testigo de la presencia humana resulta útil al historiador.

Y, en cuanto ciencia humana, la historia brinda la posibilidad de acceder a la suprema experiencia del conocimiento. Es posible que, como decía Heimito von Doderer, de la conciliación del conocimiento con la existencia humana se deriven otras experiencias⁴. Lo que es seguro es que la historia es parte de esa conciliación.

Un riguroso contemporáneo de Von Doderer, como Elías Canetti, confiesa en su primera gran obra, *Auto de fe*, por voz de su protagonista, Peter Kien, obsesivo lector y, sobre todo, poseedor de una ingente biblioteca, de la que se ve dramática y abruptamente desprovisto antes de hacerla objeto de su propia autodestrucción, que "la muerte nos aguarda a todos, pero más aún a los analfabetos"⁵. El conocimiento da la vida. La historia, que recoge todas las manifestaciones diversas de la existencia humana, la enriquece. En último término, la historia también da la vida.

4. La historia, así pues, como toda ciencia, está dotada de su propia filosofía

La historia se ubica, en efecto, en el centro del acontecer humano, del debate acerca de su sentido y razón de ser, sus motivaciones y sus objetivos. Por eso la

³ FEBVRE, L.: *Combates por la historia*. Barcelona. 1975, p. 29: "La tarea del historiador: volver a encontrar a los hombres que han vivido los hechos y a los que, más tarde, se alojaron en ellos para interpretarlos en cada caso".

⁴ DODERER, H. von: *Las escaleras de Strudlhof o Melzer y la profundidad de los años*. Barcelona. 2013, p. 624: "El placer es la voluptuosidad que nace del maridaje de la vida con el conocimiento. Cuando falta, se puede decir que la sabiduría se encuentra en una habitación vacía, de vigas quemadas...".

⁵ CANETTI, E.: *Auto de fe*. Barcelona. 2011, p. 335.

historia es una ciencia: porque tiene que desarrollar su propia filosofía, su propia metodología de reflexión desde el análisis, su propia conciencia crítica, su propio esquema de interpretación del mundo.

Una de las grandes creaciones del genio de Thomas Mann, Settembrini, enfermo en el sanatorio de *La montaña mágica*, personaje siempre complementario a Hans Castorp, mantenía que ninguna potencia vital generaba su adhesión como la humanidad y la nobleza. Pero, aclaraba, esa nobleza se incardinaba en el espíritu y en la razón⁶. La historia pertenece a la nobleza de quien aplica la racionalidad. Pertenece al espíritu en humana plenitud.

Es cierto que, en momentos decisivos de la historia, sus grandes protagonistas pueden y deben colocar en valor la "inspiración" necesaria para conducir a los seres humanos a la consecución de sus más nobles objetivos, como habría de poner en práctica Nelson Mandela al galvanizar los ánimos de François Pienaar y sus *Springboks* en la Copa del Mundo de rugby de 1995⁷. Pero la inspiración es una herramienta de la razón. La historia no desconoce la inspiración, pero se elabora racionalmente.

Para Max Weber la existencia, esa "incesante lucha de dioses" en la que las diversas inclinaciones de la personalidad pugnan para prevalecer, exige al científico la adopción de un nítido posicionamiento profesional, que es también la raíz de su posicionamiento público. La ciencia, en efecto, no es una religión misteriosa al alcance de los grandes pensadores, pero tampoco patrimonio de "adivinos y profetas"⁸. La ciencia es método, rigor, disciplina, y trabajo. La historia es un saber racional que se localiza en el territorio de la profesionalidad, la cualificación, y la competencia.

⁶ MANN, T.: *La montaña mágica*. Barcelona. 1983, p. 312: "Siento respeto y amor hacia el cuerpo, como siento respeto y amor hacia la forma, la belleza, la libertad, la alegría y el placer... Pero hay un poder, un principio hacia el cual va mi más alta aprobación, mi homenaje supremo y último y mi amor, y esta potencia, este principio, es el espíritu... soy un amigo del hombre, como lo era Prometeo, un enamorado de la Humanidad y de su nobleza. Pero esa nobleza radica en el espíritu, en la Razón..."

⁷ CARLIN, J.: *El factor humano. Nelson Mandela y el partido que salvó a una nación*. Barcelona. 2010, pp. 203 y ss.

⁸ WEBER, M.: *Política y Ciencia*. Buenos Aires. 1976, p. 136: "...en la actualidad la ciencia es una 'vocación' que se realiza a través de las disciplinas especializadas, al servicio de la conciencia de nosotros mismos y del conocimiento de determinadas correlaciones entre hechos. Este es un dato histórico que no se debe olvidar si se quiere mantener la lealtad con uno mismo. Actualmente la ciencia no es una gracia de adivinos y profetas que reparten sacralizaciones y milagros, y tampoco se identifica con la reflexión de sabios y filósofos sobre el sentido del universo".

5. La historia es la ciencia del hombre con el hombre

La historia no es únicamente la ciencia del hombre, sino la ciencia del hombre con el hombre. Porque, como recordaba siempre Martin Buber, no es "el hombre", sino "el hombre con el hombre" el verdadero misterio y el verdadero centro del acontecer humano. Emmanuel Lèvinas decía que es imposible "retractarse de la responsabilidad por el otro"⁹. Hacer historia significa salir de uno mismo y asumir esa responsabilidad indelegable. Cuando se habla de más de un ser humano, se hace historia.

Para el estudio de la vida del hombre con el hombre se antoja especialmente útil el establecimiento de alianzas con otras ciencias. Probablemente una de las más inmediatas es la que puede entablarse entre la historia y una disciplina tan afín como el derecho, un derecho que, decía siempre Jaime Guasp, "es libertad". Esa perspectiva, sin embargo, cuenta con la cerrada oposición de la más autorizada entre todas las voces de la historiografía, la del gran Marc Bloch, que sostenía que el derecho, y particularmente la Historia del Derecho, era una disciplina que se limitaba a "recubrir" las manifestaciones plurales de la realidad¹⁰. En todo caso, la ciencia del hombre con el hombre debe abrirse a la colaboración con todas las ciencias humanas y sociales.

6. La historia es una respuesta científica para quienes buscan

Alesandro Manzoni, en sus páginas preliminares a *Los novios*, definía a la ciencia como "una guerra ilustre contra el Tiempo"¹¹. Jorge Luis Borges mantenía que "sólo una cosa no existe: es el olvido". La historia desborda los cauces académicos, porque involucra a cada ser humano, porque le pertenece, le afecta y le concierne. Eso no hace a la historia menos científica porque la hace también todavía más humana.

Jackie Kennedy, apenas semanas después del magnicidio de Dallas, en la segunda de las siete conversaciones que en los primeros meses de 1964 mantuvo con Arthur Schlesinger Jr., el biógrafo predilecto de su marido, le confesaba que

⁹ LÈVINAS, E.: *Humanismo del Otro Hombre*. Madrid. 1993, p. 14.

¹⁰ BLOCH, M.: *Introducción a la Historia*. México D. F. 1980, pp. 115-116: "Una regla de derecho es una norma social, explícitamente imperativa; sancionada, además, por una autoridad capaz de imponer el respeto que se le debe con la ayuda de un sistema preciso de coacciones y de penas... En el sentido estricto de la palabra es, pues, la envoltura de realidades en sí mismas demasiado variadas para suministrar con provecho el objeto de un estudio único y no agota ninguna de ellas".

¹¹ MANZONI, A.: *Los novios*. Madrid. 1985, p. 65: "pues quitándole de las manos los años sus prisioneros, más aún, ya cadáveres, tórnalos en vida, pásales revista, y dispónelos nuevamente en orden de batalla...".

John Kennedy apenas leía novelas: sólo poesía y, obsesivamente, historia. Schlesinger le preguntó el porqué. La viuda le respondió de una forma muy "kennediana": "creo que buscaba algo en los libros"¹². La historia, en efecto, es la respuesta para los seres humanos que buscan. Es decir, para todos los seres humanos.

7. La historia se hace en la vida. Pero no debe sucumbir a sus tiranías

Raymond Poincaré, tres veces primer ministro y presidente francés entre 1913 y 1920, decía que "la historia adivina el pasado". Si el estadista de Bar-le-Duc estaba en lo cierto, la mirada humana hacia el presente, hacia la mera vida cotidiana, una mirada siempre nutrida por la historia, se encontraría también mediatizada por juicios previos, por prejuicios, que afectarían al trabajo y a su entendimiento.

Y ni el ciudadano ni el historiador pueden permitirse el lujo nocivo de los prejuicios, una de las más tiránicas manifestaciones de la existencia humana. Fernando Savater mantiene que, en el ámbito de la "fe en la historia" nada es tan importante hoy como el incremento en la creencia en su "necesidad"¹³. Si esa conciencia de necesidad consigue prescindir del voluntarismo, la historia, podrá subsistir como disciplina científica.

8. La historia interroga. No castiga

Los historiadores formulan interrogantes y encuentran respuestas porque se encuentran permanentemente sometidos a nuevas formas e inquietudes en su planteamiento y, por lo tanto, en su resolución. Cada generación reescribe la historia¹⁴. Es su opción y, diría, su deber.

Pero la historia no es Sísifo, y rehacerla no es una condena. Como toda ciencia, y como toda expresión de civilización, la historia es un signo de inconformismo.

¹² KENNEDY, J.: *Conversaciones históricas sobre mi vida con John F. Kennedy*. Entrevistas con Arthur M. Schlesinger Jr., en 1964. Introducción y notas de Michael Beschloss. Madrid. 2011, p. 80.

¹³ SAVATER, F.: *Panfleto contra el todo*. Madrid. 1985, p. 128: "De ella se ha desterrado el capricho, pero también la voluntad pura y simple... La necesidad histórica viene también garantizada por la creciente inmortalidad de su protagonista y por el hecho de que los sucesos, para ser inteligibles, han de verse purificados de la contaminación de lo particular: el drama humano sólo se entiende cuando es visto como suprahumano".

¹⁴ ANDERSON, P.: *Transiciones de la Antigüedad al feudalismo*. Madrid. 1980, p. 2.: "...los mismos historiadores producen a veces obras comparativas o de síntesis sin poseer siempre ni necesariamente un conocimiento profundo de toda gama de testimonios relativos al tema de su trabajo, aunque el juicio de esos historiadores estará normalmente matizado por el dominio de la especialidad... Lo que generalmente acepta una generación de historiadores puede ser desechado por la investigación de la siguiente".

No es una "penitencia", como la que debía cumplir Sor Teodora, la religiosa de la Orden de San Columbano que narraba la historia de Agilulfo Emo Bertrando de los Guildivernos y de los Otros de Corbentraz y Sura, caballero de Selimpia Cite-rior y Fez, en *El caballero inexistente*¹⁵. Pensar y preguntar, y encontrar las res-puestas para construir, es un deber que incumbe a cada historiador en cada época de la historia. Y pensar, preguntar, encontrar y construir por sí mismo.

9. La historia es una ciencia que se edifica con ideas

Interrogantes y respuestas se articulan a través del mundo de las ideas. Y eso significa que la historia avanza a través del pensamiento, pero también de la crea-ción. Claudio Magris, siguiendo a Thomas Mann, adjudicaba al universalismo ale-mán la intensidad de un complejo cultural que asumía "la tensión entre la vida y el valor, entre la existencia y el orden"¹⁶. La historia se incardina dentro de ese cua-drilátero vida-valor-orden-existencia. La historia se construye con ideas.

10. La historia es historia y nada más que historia

Así lo mantiene el gran hispanista napolitano y maestro de historiadores Giu-seppe Galasso. Nada más. Pero tampoco menos. Porque la historia es, por defini-ción, una ciencia que ofrece una perspectiva integral del mundo. O, como decía Lucien Febvre: "no hay historia económica y social. Hay la historia, sin más, en su unidad. La historia es, por definición, absolutamente social"¹⁷.

Y ofrecer una perspectiva integral del acontecer humano exige cumplir con algunas reglas. No demasiadas. En 1993, y con motivo de la reedición del gran libro de Gregor von Rezzori, *Un armiño en Chernopol*, convertido ya en un clásico, el escritor nacido en el Czernowitz de la Bucovina austro-húngara mantuvo una extraordinaria conversación con Claudio Magris que se publicó bajo el muy indi-cativo título de "Todos somos ex...". La perspectiva de la historia de ambos escrito-res, respectivamente nacidos en 1914 y 1939, año de comienzo de las guerras mun-diales, en ambos extremos de *Mitteleuropa*, una perspectiva muy crítica del mundo

¹⁵ CALVINO, I.: *El caballero inexistente*. Madrid. 1990, p. 38.

¹⁶ MAGRIS, C.: *El Danubio*. Barcelona. 1988, p. 29.

¹⁷ FEBVRE, L.: *Combates por la historia...*, pp. 39-40: "En mi opinión, la historia es el estu-dio científicamente elaborado de las diversas actividades y de las diversas creaciones de los hom-bres de otros tiempos, captadas en su fecha, en el marco de sociedades extremadamente variadas y, sin embargo, comparables unas a otras (...); actividades y creaciones con las que cubrieron la super-ficie de la tierra y la sucesión de las edades. La definición es un poco larga, pero yo desconfío de las definiciones demasiado breves, demasiado milagrosamente breves". *Cfr*: igualmente GALASSO, G.: *Nient'altro che storia. Saggi di teoria e metodologia della storia*. Bologna. 2001, pp. 26 y ss.

que venía, se remató con la enumeración de algunos planteamientos esenciales al compromiso moral del escritor por parte de Von Rezzori: la honestidad, la expresión de uno mismo, el testimonio en contra de la prédica, y la muestra de las cosas, en contra de la sugerencia y de la imposición. Eso es hacer historia:

"REZZORI: Alemania tendrá un papel decisivo, pero privado del gran rol cultural desarrollado en su tiempo por los judíos. Será una Alemania Este-Oeste norteamericanizada, una especie de Coca-Kohl con vodka, está por verse cómo los pueblos eslavos digerirán esta bebida. Soy escéptico en cuanto a la cultura... Temo que ahora pueda desaparecer. Como ves, un ex, cuando parece hablar del pasado, habla del presente, incluso del futuro... Sé que en esto no estás de acuerdo, dado que tienes la debilidad de creer que la historia debe progresar y no puede volver atrás...

MAGRIS: No, mi aversión por las actuales nostalgias regresivas en el Este no tiene nada que ver con una fe en el camino rectilíneo de la historia, sino sólo con el disgusto por los retrocesos negativos.

REZZORI: El compromiso moral, para un escritor, no es otro que la honestidad, expresarse a sí mismo y no a una función de sí mismo, testimoniar y no predicar, mostrar las cosas más que sugerir o imponer una toma de posición"¹⁸.

A. Textos para comentario

1. "...cuando se trata de comprender cualquier época con sus figuras, sus fenómenos y sus formas, es preciso remontarse mucho más atrás en el pasado, y apuntar desde allí a los períodos en cuestión, sin reducirlos a la perspectiva que tenemos desde nuestros días. Cuando uno adquiere un conocimiento lo suficientemente profundo de lo que significa lo 'antiguo' para una generación cualquiera, un conocimiento que parte precisamente de lo que está a punto de convertirse en 'antiguo' en cada época y mira hacia delante y no al pasado como si se tratara de una tienda de antigüedades... le resulta más fácil 'abrirse camino' a lo largo de la historia, porque su objeto ya nos resulta familiar. La historia no se puede entender como el conocimiento de lo pasado, sino más bien como la ciencia del futuro, de lo que fue el futuro en la época que estamos considerando, o de lo que iba a ser; es ahí donde se encuentra la esencia de los acontecimientos, el centro de la corriente, su curso principal".

DODERER, H. von: *Los demonios según la crónica del jefe de sección Geyrenhoff*. Barcelona. 2009, pp. 576-577.

2. "Pero el historiador no tiene nada de hombre libre. Sabe del pasado, sólo lo que él mismo pasado quiere confiarle. Además, cuando la materia que se esfuerza en abarcar es

¹⁸ REZZORI, G. von: *Un arriño en Chernopol*. Barcelona. 1993, pp. 13-14.

demasiado vasta para permitirle el examen crítico personal de todos los testimonios, se siente limitado sin cesar por el estado de las investigaciones. Ciertamente no se encontrará aquí ninguna de esas guerras imaginarias de las que la erudición dio a menudo el espectáculo. Porque, ¿cómo sufrir que la historia pueda borrarse ante los historiadores? Contrariamente, yo he procurado no disimular jamás, cualquiera que fuese su origen, las lagunas o las incertidumbres de nuestros conocimientos. Por este camino, he creído no correr el peligro de disgustar al lector. Sería, inversamente, pintando bajo un aspecto falsamente anquilosado una ciencia llena de movimiento, como se correría el peligro de extender sobre ella el enojo y la frialdad. Uno de los hombres que más adelante ha llegado en el conocimiento de las sociedades medievales, el gran jurista inglés Maitland, decía que un libro de Historia debe despertar el apetito. Entiéndase: hambre de aprender y sobre todo de buscar"

BLOCH, M.: *La sociedad feudal*. Madrid. 2002, p. 24.

3. "APOLOGÍA Y PETICIÓN

...

De todas las historias de la Historia
sin duda la más triste es la de España.
porque termina mal. Como si el hombre,
harto ya de luchar con sus demonios,
decidiese encargarles el gobierno
y la administración de su pobreza.

Nuestra famosa inmemorial pobreza,
cuyo origen se pierde en las historias
que dicen que no es culpa del gobierno
sino terrible maldición de España,
triste precio pagado a los demonios
con hambre y con trabajo de sus hombres.

A menudo he pensado en esos hombres,
a menudo he pensado en la pobreza
de este país de todos los demonios.
Y a menudo he pensado en otra historia
distinta y menos simple, en otra España
en donde sí que importa un mal gobierno.

...

Porque quiero creer que no hay demonios.
Son hombres los que pagan al gobierno,
los empresarios de la falsa historia...

Pido que España expulse a esos demonios.
Que la pobreza suba hasta el gobierno.
Que sea el hombre el dueño de su historia".

GIL DE BIEDMA, J.: *Las personas del verbo*. Barcelona. 1982, pp. 82 y 83.

B. Película para analizar

MALLE, L.: *Adiós, muchachos* (1987).
Nouvelles Éditions de Films/MK2 Productions/Stella Films.

Título original: *Au revoir, les enfants*.

Año: 1987.

Producción: Louis Malle.

Dirección: Louis Malle.

Guión: Louis Malle.

Fotografía: Renato Berta.

Banda sonora: Camille Saint-Saëns.
Franz Schubert.

Reparto: Gaspard Manesse, Raphaël Fetjo, Francine Racette, François Berléand, François Négret, Peter Fitz, Stanislas Carré de Malberg, Philippe Morier-Genoud, Irène Jacob, Xavier Legrand.

Metraje: 105 minutos.

Nacionalidad: Francia/ República Federal de Alemania/ Italia.

Contenido

A comienzos del curso académico 1943-1944, en plena fase álgida de II Guerra Mundial, en la Francia ocupada, y en el tránsito de la infancia a la adolescencia, Julien Quentin, un alumno de familia acomodada de un prestigioso internado carmelita que apenas ha sufrido la experiencia de la contienda, acoge a un nuevo compañero en su clase, Bonnet. El niño en realidad se llama Jean Kippelstein y pertenece a un grupo de jóvenes judíos acogidos por los sacerdotes en el colegio para que puedan escapar a la persecución de los nazis.

Desde el principio, ambos niños comparten una profunda amistad, basada en el amor por la música. Mientras los sacerdotes, y sobre todo el Padre Jean, que cobija a los niños judíos, transmiten a los escolares una imagen fidedigna de la realidad que les envuelve, los controles de los ocupantes y los colaboracionistas franceses se hacen más regulares e intensos, y la madurez de ambos niños se acelera. Joseph, uno de los trabajadores de la cocina, que padece una minusvalía, es descubierto vendiendo en el mercado negro a diversos estudiantes. El Padre Jean, consciente de estar cometiendo una injusticia, despide a Joseph, pero apenas toma medidas contra los estudiantes que eran sus clientes. En represalia, Joseph se une a los "colabos" y denuncia al Padre Jean y a los niños judíos, que son capturados.

Una fría mañana de invierno, en los primeros días de 1944, todos los niños del colegio forman para despedir a sus compañeros y al padre Jean. Cuando el sacerdote aparece, los niños se despiden: "Adiós, padre". Él, antes de dejar el colegio para siempre, les responde: "Adiós, adiós muchachos. Hasta pronto". La voz de Julien cierra la película informando al espectador de que Jean murió en Auschwitz y el Padre Jean, en realidad el padre Jacques del colegio en el que estudió el propio Louis Malle, en Fontainebleau, fue internado en Mauthausen, y murió poco después de la liberación del campo.

La experiencia de ese curso y de esa amistad concluirá por resultar imperecedera, y marcar profundamente la existencia, el carácter y las actitudes del protagonista. Y, a pesar de haber transcurrido más de cuarenta años, la memoria del curso 1943-1944 y, en concreto, de aquella mañana de enero, permanecerá desde entonces en su ánimo y en su conciencia.

Comentario

La penúltima de las películas del inmenso director de *Ascensor para el cadalso* (1957) y *Los amantes* (1958), antes de cerrar su producción con la bellísima *Vania en la calle 42* (1994), permite a Louis Malle regresar a sus propias vivencias infantiles, al histórico comienzo del declive nazi en la Francia ocupada, un declive que exacerbó la persecución contra los judíos y contra todas las formas de resistencia, unas vivencias que le permitirán conocer por sí mismo la brutalidad despiadada con la que la historia y, sobre todo, sus intérpretes, los seres humanos, pueden llegar a manifestarse.

Malle construye toda una interpretación de la Francia ocupada, y sus abundantes claroscuros, a través de su propia experiencia. Ya en *Lacombe Lucien* (1974), cuyo protagonista está también parcialmente inspirado en el delator colaboracionista de *Adiós muchachos*, la contienda, la ocupación, y la colaboración ocupaban las inquietudes del gran director de Thumeries. Pero esta vez es la propia memoria personal del autor la que acude al encuentro de la gran historia para plasmar la brutal irrupción de la guerra y sus consecuencias: la ruina moral, el triunfo del resentimiento y de la mezquindad, del miedo y de la mediocridad, del fanatismo y del sectarismo.

El desarrollo de la conciencia histórica se gesta y consolida en la infancia. Y la vida escolar ejerce una decisiva influencia en el proceso de maduración del pequeño ciudadano que asiste, como los niños del colegio, con enorme dolor, pero también con dignidad y plena conciencia de la significación histórica del suceso, a la captura del Padre Jean y todos los estudiantes judíos del colegio.

El breve intercambio de despedidas entre el sacerdote y los niños, lacónico, formal, contenido, constituye un cierre formidable para un ejercicio de reconstruc-

ción de la historia sumamente complejo, realizado a partir de sentimientos y emociones, de vivencias imperecederas, de recuerdos cuyo impacto maneja el director, se diría el historiador, con enorme equilibrio, desde una percepción nítida de la contraposición entre la generosidad y la fraternidad y la brutalidad y el odio. Pero sin omitir las propias responsabilidades de quienes, por acción u omisión, contribuyen a la materialización de la tragedia.

Louis Malle hace historia. Y, también se comporta como un verdadero historiador: honesto en la valoración de sus emociones y cálido en la evocación de las vivencias infantiles, pero siempre sumamente riguroso en el tratamiento de los hechos, y en la exploración de las motivaciones de cada uno de los personajes de la película: del delator, pero también de los padres que deciden comportarse con perfecta ignorancia de la guerra y de la ocupación; de los sacerdotes que protegen a los niños, pero también de la religiosa que los delata. De la Francia heroica y resistente que hizo frente al totalitarismo de manera ejemplar, pero también de la Francia que colaboró o que prefirió mirar hacia otro lado.

Como siempre en la historia, en *Adiós, muchachos* se dan conductas humanas abyectas y abominables, pero también conductas humanas dignas de admiración y de reconocimiento. Como siempre en la historia, ambas conviven, comparten el mismo tiempo, la misma generación, el mismo país, la misma ciudadanía, la misma educación, la misma institución, el mismo techo. Las víctimas y los verdugos, los criminales y los héroes, coexisten a veces inconscientes, otras conscientes pero indiferentes, a los hechos que les conciernen.

El Padre Jean decide dar la vida, y la pierde. Entre otros motivos, gracias a la colaboración que a los nazis y a la Milicia prestarán algunos integrantes del propio colegio. Pero el testimonio que le importa al niño que fue Louis Malle, al director de cine, al historiador, y al espectador, es el del Padre Jean. Cuando se marcha del colegio su vida ha mostrado todo su sentido. El sentido que los historiadores queremos siempre encontrar en la historia. El sentido que, en definitiva, buscamos en nuestra propia existencia.

C. Libro propuesto. Recensión

LAMPEDUSA, G. T. de: *El gatopardo* (1958)

Síntesis de contenido

La familia Salina es sorprendida en pleno rezo del rosario en su palacio a las afueras de Palermo por la noticia de la aparición de un soldado muerto en el jardín. Es el verano de 1860, y el desembarco de Garibaldi y sus partidarios en Marsala ha llevado la revolución nacional y liberal al Sur borbónico. Y el propio sobrino del príncipe, Tancredi, se cuenta entre los partidarios del destronamiento

de los Borbón por los Saboya. Después de todo, "si queremos que todo siga igual, todo tiene que cambiar".

El príncipe, que consumada la unificación, la ratifica con su voto favorable en un plebiscito que le sorprende en su residencia estival en Donnafugata, sella su alianza con los nuevos tiempos descartando que su propia hija Concetta contraiga matrimonio con Tancredi, optando por propiciar la unión del prometedor joven con Angélica Sedara, hija de Calogero Sedara, un burgués enriquecido que asegurará al líder de la próxima generación de los Salina los recursos materiales de los que carece, y que necesita para financiar su presencia en la vida política del reino de Italia.

Porque la unificación de base monárquica, sobre todo, consolida un paliativo que para la aristocracia, como clase social, puede representar un siglo más; es decir: la eternidad, como el príncipe le relata a su propio confesor, el padre Pirrone. Porque, dice el príncipe, a la Iglesia se le hizo una promesa explícita de eternidad, y en su desesperación se encuentra implícito su consuelo. Pero a la aristocracia, como clase social, no.

Pero el príncipe está vinculado con el Antiguo Régimen "por lazos de lealtad, si no de decencia", y rechaza el ruego que, en nombre del nuevo gobierno italiano, le traslada el caballero Aimond de Chevalley para que sea senador. En Sicilia, le explica, "prefieren el sueño", y "no quieren despertar". Un "voluptuoso deseo de muerte" preside la visión de quienes se consideran a sí mismos "dioses", y cuya "soberbia es superior a su miseria". La soberbia de quienes no desean aprender.

La misma muerte que el príncipe puede contemplar en la maravillosa pintura de Greuze, en el palacio Ponteleone de Palermo, en un baile que se celebra apenas días después de la frustración de la última intentona garibaldina en Aspromonte. Un baile en el que la nueva Italia de Angélica y Tancredi asume briosamente el testigo de las antiguas "Dos Sicilias", mientras el príncipe toma plena conciencia de su salida de la historia.

La misma muerte que le llega en 1883, sintiendo cómo sus últimas energías se filtran como los últimos granos de un reloj de arena, uno por uno. La misma destrucción que le aguarda al perro de los Salina, Bendicó, disecado cuando, en 1910, Angélica visita a Concetta en su casa de Palermo, ambas ancianas ya, para reconocer que Tancredi la amaba. Una destrucción que, finalmente, deja en el hogar de las últimas Salina una poderosa "sensación de paz".

Síntesis personal

Giuseppe Tomasi de Lampedusa se sabía un escritor póstumo de sí mismo. Y *El gatopardo* se publicó en 1958, más de un año después de su muerte, y ello gracias a la sensibilidad y al talento como editor de Giorgio Bassani, a quien debe-

mos, además de su extraordinaria obra *La novela de Ferrara*, el conocimiento de una de las grandes novelas de la literatura del siglo XX.

Y, por muchos conceptos, también de uno de los más grandes libros de historia del último siglo. Porque Lampedusa se comportó como un historiador riguroso y honesto. Escribió, en la Italia de los años 50', entre 1954 y 1957, una Italia todavía doliente por las heridas de la guerra, del fascismo, de la ocupación nazi, y del recuerdo de la contienda intestina. Una Italia que recurría al *Risorgimento*, a su tradición democrática y unitaria, para consolidar el nuevo régimen constitucional. Una Italia en donde la novela de Lampedusa, muy crítica con las consecuencias del proceso unificador en los reinos del Sur, realizaba una abierta denuncia de la mascarada del plebiscito, mostraba el oportunismo de la aristocracia prontamente integrada en el nuevo régimen, pero también de la burguesía, y ponía de manifiesto la perpetuación de un régimen social y de propiedad que, en esencia, permanecía invariado un siglo después.

La adaptación de la novela al cine por Luchino Visconti hace ahora cincuenta años, en 1963, contando con Nino Rota para la composición de la banda sonora, y un extraordinario reparto encabezado por Burt Lancaster, secundado por Alain Delon y Claudia Cardinale, dotó a la novela de Lampedusa de una impronta insustituible en la configuración de la conciencia cultural de las últimas décadas del siglo XX. Inicialmente, el "gatopardismo" se convirtió en un lugar común dentro del vocabulario político, como calificativo de los cambios institucionales meramente superficiales, unos cambios cuya finalidad era ignorar deliberadamente las transformaciones sociales necesarias.

Pero, para el historiador, muchos otros elementos de la novela han ido cobrando relieve con el transcurso de estos años. El sentido del tiempo, por ejemplo, que se transforma en la conciencia y en las energías del príncipe a medida que se va haciendo más escaso, ofrece una magistral interpretación de las fases de la propia vida humana y, con ella, del ser histórico del hombre.

Pero, al mismo tiempo, Lampedusa afronta el encuentro entre el ser humano concreto y, por lo tanto, su ser social, con el sentido de la historia, en este supuesto, con la violenta colisión entre la grandeza y profundidad de los procesos históricos y la fugacidad de la vida humana. El príncipe de Salina, gran aficionado a la astronomía, muy creyente, consciente de la grandeza del universo, entiende perfectamente que el modelo institucional de la Monarquía absoluta, al cual ha sido leal, no disfruta ya de ninguna posibilidad de subsistencia. Y, por eso, su deber es acudir a su propia supervivencia. Y hacerlo en medio del escepticismo de quien sabe que "ha pasado el tiempo de los gatopardos y de los leones; llega el tiempo de los chacales y de las hienas. Y así todos, gatopardos y leones, chacales y hienas, seguiremos creyéndonos la sal de la tierra".

Igualmente, Lampedusa ofrece al príncipe de Salina, y al lector, numerosos "signos de los tiempos", auténticos signos de la historia, para su adecuada interpretación. Uno de ellos es la tendencia a la inalterabilidad de las formas sociales y de conducta, que posibilitan que la burguesía, como dice el príncipe después de su conversación inicial con Tancredi, no persiga tanto aniquilar a la aristocracia y ocupar su posición de privilegio, como desplazarla educadamente para compartir el liderazgo social. *El gatopardo* es, también, un libro sobre las grandes inercias históricas, sobre la permanencia, sobre lo inmutable.

Igualmente, signo de la historia es un tránsito generacional que posibilita la alianza entre aristocracia y burguesía al frente de una nueva Monarquía bajo cuya carcasa constitucional perviven la misma desigualdad y la misma pobreza, es decir el cambio cuyo objetivo último es que todo permanezca de la misma forma. Y signo de la historia es, sobre todo, Angélica Sedara, la nueva Italia, cuya "calma e invencibilidad" al acudir a la cena en casa de los Salina, joven, exuberante, tosca, carente de formas, pero llena de vitalidad, y dueña del futuro, en contra de la educación y de la inteligencia de Concetta, permite deducir que se abre un tiempo de oportunidades y de movilidad social, pero un tiempo abierto también al oportunismo, al individualismo, y a la primacía de los valores materiales.

El gatopardo es una novela que encierra la historia de medio siglo de Italia, la Italia de la revolución liberal y la unificación, que leía a Leopardi y escuchaba a Verdi (inolvidable entrada de los Salina en la iglesia de Donnafugata en la película de Visconti, cubiertos por el polvo de la historia, mientras suena el "Amami, Alfredo!" de *La Traviatta*) al mismo tiempo que la Casa de Saboya tejía una sólida alianza con la aristocracia napolitana y siciliana, destruyendo el sueño de Giuseppe Garibaldi que en 1961, en el primer centenario de la unificación, habría de reivindicar en ¡*Viva Italia!* Roberto Rossellini.

Pero *El gatopardo* es también una novela sobre la historia. Sobre la actitud de los seres humanos ante el cambio. Sobre su capacidad de adaptación y de subsistencia. Sobre su instinto para convertirse en aliados e, incluso, agentes motores y líderes del "permanente mudar" de Goethe, meros observadores, o resignados supervivientes. Sobre el escepticismo y la soberbia. Sobre la autocomplaciente inacción y el afán de superación. Sobre todo cuanto se hace visible e invisible en la historia.